

BIBLIOTECA FILOSÓFICA.

OBRAS COMPLETAS

DE

PLATON

FUESTAS EN LENGUA CASTELLANA POR PRIMERA VEZ

POR

D. PATRICIO DE AZCÁRATE

LA REPÚBLICA.

LIBROS: VI.—VII.—VIII.—IX.—X.

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES
ARENAL, 46, LIBRERÍA

OBRAS COMPLETAS DE PLATON.

Esta traducción es propiedad;
quedando hecho el depósito que la
ley previene.

Imprenta de la Biblioteca de Instrucción y Recreo.—Capellanes, 5, principal.

BIBLIOTECA FILOSOFICA.

OBRAS COMPLETAS

DE

PLATON

PUESTAS EN LENGUA CASTELLANA POR PRIMERA VEZ

POR

D. PATRICIO DE AZCÁRATE

SÓCIO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS
Y DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO VIII.

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

ARENAL, 16, LIBRERÍA

1872

LA REPÚBLICA Ó EL ESTADO.

TOMO SEGUNDO.

LIBROS VI.—VII.—VIII.—IX.—X.

LIBRO SEXTO.

—Al fin, despues de muchas dificultades y de un rodeo de palabras bastante largo, hemos fijado, mi querido Glaucon, la diferencia entre los verdaderos filósofos y los que no lo son.

—Quizá no era fácil conseguir por otro medio el objeto.

—No lo creo yo así. A mi parecer, hubiéramos podido llevar en este punto la evidencia más allá aún, si sólo de esta cuestion hubiéramos tenido que tratar, y si no tuviéramos que recorrer otras muchas para saber en qué difiere la condicion del hombre justo de la del hombre malo.

—Despues de esto, ¿qué es lo que nos falta por examinar?

—Lo que sigue inmediatamente. Puesto que los verdaderos filósofos son aquellos, cuyo espíritu puede alcanzar el conocimiento de lo que existe siempre de una manera inmutable, y que todos los demás que giran sin cesar en torno de mil objetos siempre mudables, serán todo menos filósofos, es preciso ver á quiénes hemos de escoger para gobernar nuestro Estado.

—¿Y cuál será el mejor camino que para ello debemos tomar?

—Designar para magistrados á los que nos parezcan más á propósito para mantener las leyes y las instituciones en todo su vigor.

—Muy bien.

—No es difícil decidir si un buen guardian debe ser ciego ó perspicaz.

—No, sin duda.

—¿Y qué diferencia encuentras entre los ciegos y los que, privados del conocimiento de lo que existe de una manera simple é inmutable y no teniendo en su alma ninguna idea clara y distinta, no pueden á semejanza de los pintores fijar sus miradas sobre el ejemplar eterno de la verdad, y despues de haberlo contemplado con toda la atencion posible, trasladar á las cosas de este mundo lo que han observado, y servirse de ello como de una regla segura para fijar por medio de leyes lo que es honesto, bueno y justo en las acciones humanas, y para conservar estas leyes despues de haberlas establecido?

—Ninguna diferencia encuentro entre ellos y los ciegos.

—¿Y serán estos los que habremos de escoger para guardadores del Estado? ¿Ó más bien deberemos escoger á los que conocen la esencia de las cosas, y que además no ceden á los otros ni en experiencia, ni en ninguna clase de mérito?

—Seria una locura no escoger á estos últimos, si por otra parte en nada son inferiores á los primeros, puesto que los superan en la cualidad más importante.

—Ahora nos toca á nosotros explicar por qué medios podrán unir la experiencia á la especulacion.

—Sí.

—Como ya dijimos al principio de nuestra conversacion, es preciso comenzar por tener un perfecto conocimiento del carácter que les es propio, porque estoy convencido de que si llegamos á profundizarle bien, no dudaremos un momento en reconocer que pueden reunir la experiencia y la especulacion, y que no hay nadie que pueda ser preferido á ellos para el gobierno.

—¿Cómo?

— Convengamos, por lo pronto, en que el primer signo del espíritu filosófico es amar con pasión la ciencia, que puede conducirle al conocimiento de esta esencia inmutable, inaccesible á las vicisitudes de la generación y de la corrupción.

— Convengo en esto.

— Con ellos sucede lo que con los enamorados y ambiciosos con relación al objeto de su ambición y de su amor, porque ama todo lo que afecta á esta esencia, sin despreciar ninguna parte, grande ó pequeña, más ó menos imperfecta.

— Tienes razón.

— Examina después si no es necesario que los que hayan de ser como hemos dicho, estén dotados de esta otra condición.

— ¿Cuál?

— El horror á la mentira, á la que negarán toda entrada en el alma, al paso que habrán de tener un amor igual por la verdad.

— Así parece.

— No sólo así parece, mi querido amigo, sino que es absolutamente necesario que el que ama á algunos, ame todo lo que le pertenece y todo lo que tiene relación con él.

— Es cierto.

— ¿Y hay algo que esté más estrechamente ligado con la ciencia que la verdad?

— No.

— ¿Es posible que un mismo hombre ame la sabiduría y la mentira?

— No.

— Por consiguiente, el espíritu, verdaderamente ávido de ciencia, debe desde la primera juventud amar y buscar la verdad.

— Conforme.

— Pero tú sabes que cuando los deseos se dirigen con

violencia hácia un objeto, tiene ménos vivacidad respecto á todo lo demás, porque el torrente corre, por decirlo así, en esta sola direccion.

—Sin duda.

—Por consiguiente aquel cuyos deseos se dirigen hácia las ciencias, sólo gusta de los placeres puros, que pertenecen al alma. Respecto á los del cuerpo, los desdeña, si no es filósofo en el nombre y sí en realidad.

—No puede ser de otra manera.

—Un hombre de tales condiciones es templado y enteramente extraño á la concupiscencia, porque las razones que obligan á los demás á correr con tanto ardor tras las riquezas, no tienen ninguna influencia sobre él.

—Sí.

—Para distinguir el verdadero filósofo del que no lo es, es preciso fijarse en una cosa.

—¿En qué cosa?

—Que no haya en su alma nada que le rebaje, porque la pequeñez no puede tener absolutamente cabida en un alma, que debe abrazar en sus indagaciones todas las cosas divinas y humanas.

—Nada más cierto.

—¿Pero crees que un alma grande, que abraza en su pensamiento todos los tiempos y todos los seres, mire la vida del hombre como cosa importante?

—Es imposible.

—¿Luego un alma de este temple no temerá la muerte?

—No.

—De esta manera un alma cobarde y baja jamás tendrá ni la más pequeña comunicacion con la verdadera filosofía.

—No lo creo.

—¿Pero qué! ¿un hombre moderado en sus deseos, exento de concupiscencia, de bajeza, de arrogancia, de cobardía puede ser injusto ó de un carácter intratable?

—De ninguna manera.

—Cuando se trate, pues, de discernir cuál es el alma nacida para la filosofía, observarás si desde los primeros años da muestras de equidad y de dulzura, ó si es huraño é intratable.

—Sí.

—Tampoco dejarás, á mi juicio, de fijar tu atencion en otro punto.

—¿Qué punto?

—Si tiene facilidad ó dificultad para aprender. ¿Puedes esperar que un hombre tome gusto por cosas que hace con gran trabajo y con escaso resultado?

—Haria mal en esperarlo.

—Pero si no retiene nada de lo que aprende, si todo lo olvida, ¿es posible que adquiriera ciencia?

—¿Cómo puede adquirirla?

—Viendo que trabaja sin fruto, ¿no se verá al fin precisado á odiarse á sí mismo y á odiar todo género de estudio?

—Sin duda.

—Por lo tanto, no incluiremos en el rango de las almas nacidas para la filosofía á aquella que todo lo olvida, porque queremos que esté dotada de una excelente memoria.

—Tenemos razon para ello.

—Pero un alma sin armonía y sin gracia, ¿no se ve naturalmente arrastrada á no observar un comportamiento mesurado?

—Sí.

—La verdad ¿es amiga del comportamiento mesurado ó de lo contrario?

—Es amiga de la circunspeccion.

—Busquemos, pues, en el filósofo un espíritu, amigo de la gracia y de la medida, y cuya tendencia natural tienda á la contemplacion de la esencia de las cosas.

—Sin duda.

—Todas las cualidades, cuyo deslinde acabamos de hacer, ¿no se ligan entre sí, y no son todas ellas necesarias al alma que debe elevarse al más perfecto conocimiento del sér?

—Todas le son necesarias.

—¿Merecerá ser criticada en ningun concepto una profesion para la que no puede ser capaz sino el que está dotado de memoria, de penetracion, de grandeza de alma, de afabilidad, y que es amigo y en cierto modo aliado de la verdad, de la justicia, de la fortaleza y de la templanza?

—El mismo Momo no encontraria nada que observar (1).

—A tales hombres, perfeccionados por la educacion y por la experiencia, y sólo á ellos deberás confiar el gobierno del Estado.

Adimanto, tomando entónces la palabra, me dijo: Sócrates, nadie puede negarte la verdad de lo que acabas de decir. Pero hé aquí una cosa que sucede de ordinario á los que conversan contigo. Se imaginan que, por no estar versados en el arte de interrogar y de responder, se ven conducidos poco á poco al error mediante una serie de preguntas, cuyas consecuencias no ven al pronto, pero que ligadas las unas á las otras, concluyen por hacerles caer en un error contrario enteramente á lo que habian creido al principio. Y así como en el chaquete los malos jugadores se ven de tal manera entorpecidos por los hábiles, que concluyen por no saber qué pieza mover, en la misma forma tu habilidad en manejar, no las piezas, sino el discurso, concluye por poner á los interlocutores en la imposibilidad de saber qué decir, sin que por ello haya más verdad en tus palabras; y digo todo esto, con motivo de lo que acabo de oírte. En efecto, se te debe decir que es imposible en verdad oponer nada á cada una de tus

(1) Locucion proverbial. Véase á Erasmo. *Cheliad.* 1, 5, 75.

preguntas en particular, pero que si se examina la cosa en sí, se ve que los que se consagran á la filosofía, no sólo los que lo hacen durante su juventud para completar su educacion, sino los que envejecen en este estudio, son en su mayor parte de un carácter extravagante é incómodo, por no decir otra cosa peor, y los más capaces de ellos se hacen inútiles para la sociedad por haber abrazado este estudio de que haces tantos elogios.

—Adimanto, ¿crees que los que hablan de esa manera no dicen la verdad?

—Yo no lo sé; pero tendré gusto en oír tu opinion.

—Pues bien; mi opinion es que dicen verdad.

—Si es así, ¿en qué has podido fundarte, para decir ántes que no hay remedio para los males que arruinan los Estados, mientras no sean gobernados por esos mismos filósofos, que tú reconoces que son inútiles?

—Me haces una pregunta, á la que no puedo responder sin valerme de una comparacion.

—Pues no es, sin embargo, tu costumbre, á mi parecer, emplear comparaciones en tus discursos.

—Muy bien. Veo que te burlas despues de haberme comprometido en tan difícil discusion. Escucha la comparacion de que voy á servirte, y así conocerás mejor aún mi poco talento en este género. El trato que se da á los sabios en los Estados, tiene un no sé qué de extraño y particular, que nadie ha experimentado nunca algo que se aproxime á ello; de suerte que me veo obligado á formar con muchas partes, que no tienen entre sí ninguna relacion, un cuadro que debe servir para su justificacion, imitando á los pintores, cuando nos presentan animales mitad cabrones y mitad ciervos, ú otras monstruosidades. Figúrate, pues, un patron de una ó de muchas naves tal como voy á pintártele; más grande y más robusto que el resto de la tripulacion, pero un poco sordo, de vista corta, y poco versado en el arte de la navegacion. Los marine-

ros se disputan el timon; cada uno de ellos pretende ser piloto, sin tener ningun conocimiento náutico, y sin poder decir ni con qué maestro ni en qué tiempo lo ha adquirido. Además, son bastante extravagantes para decir que no es una ciencia que pueda aprenderse, y estarán dispuestos á hacer trizas al que intente sostener lo contrario. Imagínate que los ves alrededor del patron, sitiándole, conjurándole, y apurándole para que les confie el timon. Los excluidos matan y arrojan al mar á los que han sido preferidos; despues embriagan al patron ó le adormecen haciéndole beber la mandrágora ó se libran de él por cualquier otro medio. Entónces se apoderan de la nave, se echan sobre las provisiones, beben y comen con exceso, y conducen la nave del modo que semejantes gentes pueden conducirla. Además consideran como un hombre entendido, como un hábil marino, á todo el que pueda ayudarles á obtener por la persuasion ó por la violencia la direccion de la nave; desprecian como inútil al que no sabe lisonjear sus deseos; ignoran por otra parte lo que es un piloto, y que para serlo es preciso tener conocimiento exacto de los tiempos, de las estaciones, del cielo, de los astros, de los vientos y de todo lo que pertenece á este arte; y en cuanto al talento de gobernar una nave, haya ó nó oposicion de parte de la tripulacion, no creen que sea posible unir á él la ciencia del pilotaje. En las naves en que pasan tales cosas ¿qué idea quieres que se tenga del verdadero piloto? Los marineros, en la disposicion de espíritu en que yo los supongo, ¿no le considerarán como hombre inútil, y como visionario que pierde el tiempo en contemplar los astros?

—Es cierto.

—No creo que haya necesidad de demostrarte que este cuadro es la imágen fiel del tratamiento que se da á los verdaderos filósofos en los diversos Estados. Comprendes sin duda mi pensamiento.

—Sí.

—Presenta esta comparacion al que se asombre de ver á los filósofos tratados en los Estados de una manera tan poco honrosa; trata de hacerle comprender que seria una maravilla mucho mayor que sucediera lo contrario.

—Se la presentaré.

—Dile que tiene razon al considerar á los más sabios de los filósofos como gentes inútiles para el Estado; que no es á estos á quienes es preciso atacar echándoles en cara su inutilidad, sino á los que no se dignan emplearlos, porque no está en el orden que el piloto suplique á la tripulacion que le permitan conducir la nave, ni que los sabios vayan de puerta en puerta á hacer la misma súplica á los ricos. El que se ha atrevido á emitir esta idea se ha engañado. La verdad es que al enfermo, sea rico ó pobre, es al que corresponde acudir al médico; y en general, lo natural es que el que tiene necesidad de ser gobernado vaya en busca del que puede gobernarle, y no que aquellos, cuyo gobierno pueda ser útil á los demás, supliquen á estos que se pongan en sus manos. Y así no te engañarás, comparando los políticos con los marineros de que acabo de hablar; políticos que están hoy á la cabeza de los negocios públicos, y que consideran como gentes inútiles, perdidas en la contemplacion de los astros, á los verdaderos pilotos.

—Muy bien.

—Se sigue de aquí, que es difícil que la mejor profesion se vea honrada por los que siguen un camino del todo opuesto. Pero las mayores y más fuertes calumnias, que á la filosofia se han inferido, son debidas á esos que se dicen filósofos sin serlo. Ellos son los que obligan á los enemigos de la filosofia á decir que la mayor parte de los que la culvivan son hombres perversos, y que los mejores de ellos son cuando menos inútiles; acusacion que tú y yo hemos tenido por fundada. Dí, ¿no es así?

—Sí.

—¿No acabamos de ver la razon de la inutilidad de los verdaderos filósofos?

—Sí.

—¿Quieres que indagemos ahora la causa inevitable de la perversidad de los pretendidos filósofos, y que nos esforcemos en demostrar, si es posible, que no es la filosofía sobre la que ha de recaer la falta?

—Convengo en ello.

—Comencemos por recordar lo que dió origen á esta digresion, es decir, cuáles son las cualidades necesarias para llegar á ser un verdadero sabio. La primera es, como recordarás, el amor á la verdad, que debe buscarse en todo y por todo, siendo la verdadera filosofia absolutamente incompatible con el espíritu de mentira.

—Eso es lo mismo que dijiste.

—Y sobre este punto ¿no opinan de muy distinta manera la mayor parte de los hombres?

—Seguramente.

—A tu parecer, ¿no tendremos razon para responder que el que tiene verdadero amor á la ciencia, no se detiene en las cosas que no existen más que en apariencia, sino que, nacido para conocer lo que existe realmente, tiende hácia lo mismo con un ardor y con un esfuerzo, que no es posible superar ni contener, hasta llegar á unirse á ello mediante la parte del alma, que tiene más íntima relacion con la misma realidad que se busca; y hasta que por último creando en él esta union y este divino consorcio el conocimiento y la verdad, alcanza una vista clara y distinta del sér, y vive mediante éste una verdadera vida, dejando de ser su alma presa de los dolores del alumbramiento?

—No es posible responder mejor.

—¿Y puede amar la mentira un hombre de estas condiciones? ¿No le causará, por el contrario, un grande horror?

—La detestará.

—Y cuando es la verdad la que abre el camino, jamás diremos que pueda llevar tras sí el cortejo de los vicios.

—No, sin duda.

—Antes bien á la verdad van unidas siempre costumbres puras y arregladas, siendo la templanza su compañera.

—Sí.

—¿Y habrá necesidad de hacer por segunda vez la enumeracion de las cualidades inseparables de la natural condicion del filósofo? Debes recordar que Glaucon y yo estamos conformes en que la fuerza, la grandeza de alma, la facilidad en aprender y la memoria eran sus cualidades esenciales; y entónces tú nos interrumpiste, diciendo que en verdad era imposible resistir á nuestras razones, pero que, si dejando aparte los discursos, se echaba una mirada sobre la conducta de los filósofos, no se podia menos de confesar que unos son inútiles y otros, que son los más, enteramente perversos. Despues de habernos ocupado de indagar la causa de esta acusacion, hemos llegado á examinar por qué la mayor parte de los que se suponen filósofos son perversos, y esto nos ha obligado á trazar de nuevo el carácter del verdadero filósofo.

—Es cierto.

—Ahora es preciso examinar cómo una índole tan bella se corrompe y se pervierte, de suerte que son muy pocos los que escapan á la corrupcion general, y éstos son precisamente aquellos á quienes se mira, no como perversos, sino como hombres inútiles. Despues consideraremos cuál es el carácter de esos falsos filósofos, que usurpando una profesion de que son indignos y que está fuera de sus alcances, incurren en mil extravíos y ocasionan en tu opinion el descrédito universal de la filosofia.

—¿Cuáles son entónces las causas de corrupcion para el verdadero filósofo?

— Voy á decírtelas, si soy capaz de ello. Por lo pronto, todo el mundo convendrá conmigo en que muy raras veces aparecen sobre la tierra hombres de índole natural tan feliz que reunan en sí todas las cualidades que exigimos en un verdadero filósofo; ¿qué dices á esto?

— Que son muy pocos.

— Mira ahora las causas poderosas que influyen para que se malogre este pequeño número.

— ¿Cuáles son?

— Lo que más te ha de sorprender es que estas mismas cualidades que hacen tan apreciables estos caracteres corrompen algunas veces el alma del que las posee, y le separan de la filosofía; me refiero á la fuerza, á la templanza y á las demás cualidades de que hemos hecho mencion.

— Eso es, en verdad, bien extraño.

— Además de esto, todo lo que los hombres consideran como bienes: la belleza, las riquezas, la fuerza del cuerpo, las grandes uniones, y todas las demás ventajas de esta naturaleza, no contribuyen ménos á pervertir el alma y á hacer que la disguste del estudio de la sabiduría. Debes comprender á lo que me refiero.

— Sí, pero quisiera que me lo explicaras más por extenso.

— Fíjate bien en este principio general, y léjos de parecerse extraño cuanto acabo de decirte, será para tí completamente evidente.

— ¿Cuál es ese principio?

— Todo el mundo sabe que la planta y el animal que nacen en un clima poco favorable, y que por otra parte no tiene ni el alimento ni la temperatura que necesita, se corrompe tanto más cuanto su naturaleza es más robusta, porque el mal es más contrario á lo que es bueno, que á lo que no es ni bueno ni malo.

— Es cierto.

— Tambien es una verdad, que un mal régimen daña

más á lo que es excelente por su naturaleza, que á lo que no es más que mediano.

— Sí.

— Podemos asegurar igualmente, mi querido Adimanto, que las almas mejor nacidas se hacen las peores mediante una mala educacion. ¿Crees tú, que los grandes crímenes y la maldad consumada parten de un alma ordinaria, ó más bien de una naturaleza fuerte, que la educacion ha corrompido? De las almas vulgares puede decirse que jamás harán ni mucho bien ni mucho mal.

— Convengo en ello.

— Por consiguiente, de dos cosas una; si la índole natural filosófica es cultivada por las ciencias que le son propias, necesariamente ha de llegar de grado en grado hasta la misma virtud; si por el contrario, declina, crece y se desenvuelve en un suelo extraño, no hay vicio que no produzca algun dia, á no ser que algun dios vele por su conservacion de una manera especial. ¿Crees, como se imaginan muchos, que los que pierden á la juventud son algunos sofistas? El mayor mal no procede de ellos. Los que lo atribuyen á los sofistas son ellos mismos sofistas mucho más peligrosos, porque valiéndose de sus propias máximas, saben formar y torcer á su gusto el espíritu de los hombres y de las mujeres, de los jóvenes y de los ancianos.

—¿Pero en qué ocasion?

— Cuando en las asambleas públicas, en el foro, en el teatro, en el campo, ó en cualquiera otro sitio donde la multitud se reúne, aprueban ó desaprueban ciertas palabras y ciertas acciones con gran estruendo, grandes gritos y palmadas, redoblados por los ecos y las bóvedas. ¿Qué efecto producirán tales escenas en el corazón de un joven? Por excelente que sea la educacion que haya recibido en particular, ¿no tiene que naufragar por precision en medio de estas oleadas de alabanzas y de críticas? ¿Po-

drá resistir á la corriente que le arrastra? ¿No conformará sus juicios con los de la multitud sobre lo que es bueno ó vergonzoso? ¿No hará estudio en imitarla?

—Mi querido Sócrates, ¿cómo podría obrar de otra manera?

—Sin embargo, no he querido hablar aún de la prueba más violenta á que se somete su virtud.

—¿Cuál es?

—Ella tiene lugar cuando estos hábiles maestros y estos grandes sofistas, no pudiendo nada con sus discursos, añaden los hechos á los dichos. ¿No sabes que castigan con la pérdida de los bienes, de la reputacion y de la vida misma á los que rehusan someterse á sus razones?

—Lo sé.

—¿Qué otro sofista, ni qué instruccion particular, podrían prevalecer contra lecciones de esta clase?

—No es posible.

—No, sin duda; y seria una locura intentarlo. No hay, ni ha habido, ni habrá jamás alma verdaderamente virtuosa mientras su educacion se vea combatida por las lecciones de tales maestros. Esto debe entenderse hablando humanamente y poniendo á parte toda proteccion inmediata de los dioses; porque si en un Estado gobernado segun estas máximas se encuentra alguno que se escape del naufragio comun y sea lo que debe ser, se puede asegurar sin temor de engañarse, que es deudor á los dioses de su salvacion.

—Soy de tu dictámen.

—Entónces lo serás tambien en lo que voy á decir.

—¿Qué es?

—Todos esos simples particulares, esos doctores mercenarios que el pueblo llama sofistas, y que juzga que las lecciones que dan son opuestas á lo que el mismo pueblo cree, no hacen otra cosa que repetir á la juventud las máximas que el pueblo profesa en sus asambleas, y á esto

llaman enseñar la sabiduría. Figúrate un hombre, que hubiese observado los movimientos instintivos y los apetitos de un animal grande y robusto, el punto por el que se podrá aproximar á él y tocarle, cuándo y por qué se enfurece ó se aplaca, qué voz produce en cada ocasion, y qué tono de la del hombre le apacigua ó le irrita, y que, despues de haber aprendido todo esto con el tiempo y la experiencia, formase una ciencia que se pusiese á enseñar sin servirse por otra parte de ninguna regla segura para discernir lo que en estos hábitos y apetitos es honesto, bueno y justo, de lo que es vergonzoso, malo é injusto; conformándose en sus juicios con el instinto del animal, llamando bien á todo lo que le halaga y le causa placer, mal á todo lo que le irrita; justo y bello á todo lo que satisface las necesidades de la naturaleza; sin hacer otra distincion, porque no sabe la diferencia esencial que hay entre lo que es bueno en sí y lo que es bueno relativamente; diferencia que no conoció jamás, ni está en estado de hacerla conocer á los demás. ¿No te parecería en verdad bien ridículo un maestro semejante?

—Sí.

—¿Y no es esta, punto por punto, la imágen de los que hacen consistir la sabiduría en conocer lo que desea la multitud reunida, lo que la lisonjea, sea en pintura, sea en música, sea en política? ¿No es evidente, que si alguno presenta en estas reuniones alguna obra de poesía ó de arte, ó cualquiera proyecto de utilidad pública, remitiéndose al juicio de la multitud, tiene una verdadera necesidad de conformarse en todo á lo que ella ha de aprobar? ¿Has oido jamás á uno solo de los que las componen probar de otro modo que valiéndose de razones ridículas y lamentables, que lo que juzga bueno y honesto sea tal en efecto?

—A ninguno se lo he oido, ni espero oírse lo nunca.

—A todas estas reflexiones une la siguiente: ¿es posi-

ble que la multitud oiga con gusto y mire como verdadero este principio: que lo bello es uno y distinto de la pluralidad de las cosas bellas que afectan á los sentidos, y que toda esencia es simple é indivisible?

—Eso no puede ser.

—Por consiguiente, es imposible que el pueblo sea filósofo.

—Sí.

—Y por lo tanto necesariamente ha de despreciar á los que se dedican á la filosofía.

—Sin contradicción.

—Y los despreciarán también estos sofistas particulares, que viven entregados al pueblo y que se consagran á complacerle.

—Es evidente.

—Ahora bien; ¿cuál es el asilo donde el verdadero filósofo pueda retirarse para perseverar en la profesion que ha abrazado y llegar al punto de perfección á que aspira? Júzgalo por lo que acabamos de decir. Hemos convenido en que el verdadero filósofo debe recibir de la naturaleza la facilidad de aprender, la memoria, el valor y la grandeza de alma.

—Es cierto.

—Desde la infancia será el primero entre sus iguales, sobre todo si las perfecciones del cuerpo corresponden en él á las del alma.

—Sin duda.

—Cuando haya llegado á la edad madura, sus padres y sus conciudadanos se apresurarán á servirse de sus talentos, y á confiarle sus intereses y los del Estado.

—Sí.

—Le abrumarán con halagos y súplicas, previendo de antemano el crédito que algun día alcanzará en su patria, y le obsequiarán para tenerlo seguro de antemano.

—Así sucede de ordinario.

— ¿Qué quieres que haga en medio de tantos aduladores, sobre todo si ha nacido en un Estado poderoso, si es rico, de distinguido nacimiento, hermoso de cara y de ventajosa talla? ¿No alimentará las más locas esperanzas, hasta imaginarse que tiene todo el talento necesario para gobernar á los griegos y á los bárbaros? Llena su cabeza con estas ideas, ¿no estará henchido de orgullo y arrogancia? Y la razon, ¿no perderá en él todo su imperio?

— Sí.

— Si mientras se encuentra en tal disposicion de espíritu, alguno, aproximándose á él con dulzura, se atreviese á hacerle oír la verdad, diciéndole que le falta la razon y que tiene gran necesidad de ella para gobernarse, pero que no se adquiere sino á precio de los mayores esfuerzos; ¿crees tú que en medio de tan halagüeñas ilusiones preste con gusto oídos á semejante discurso?

— Muy léjos de eso.

— Sin embargo, si á causa de su buena índole y de las relaciones que existen entre estos discursos y las facultades de su alma, llega á atenderlos y se deja convencer y arrastrar hácia la filosofía ¿qué crees que harán entónces estos aduladores, persuadidos de que este cambio les va á hacer perder sus favores y todas las ventajas que de él se prometian? Discursos, acciones, de todo se valdrán para disuadirle, al paso que dirigirán todos sus esfuerzos contra el importuno consejero, para perderle, sea armándole lazos en secreto, sea llevándole ante los tribunales.

— No puede menos de ser así.

— Y bien, ¿esperas aún que nuestro jóven se consagre á la filosofía?

— No veo cómo.

— Ya ves la razon que yo tenia para decir, que las cualidades que constituyen al filósofo, si están pervertidas por una mala educacion, contribuyen en cierta manera á separarle de su destino natural, y lo mismo sucede con

las riquezas y las demás pretendidas ventajas de esta especie.

— Sí; reconozco que tenias razon.

— Tal es, mi querido amigo, la manera como se corrompen y se pierden esas naturalezas privilegiadas, tan bien constituidas para la mejor de las profesiones; naturalezas que por otra parte son muy raras, como hemos dicho. Estos hombres así pervertidos son los que causan los mayores males al Estado y á los particulares, y los que, por el contrario, cuando cambian de direccion en buen sentido, producen los mayores bienes. Una medianja, no es capaz de nada grande, ni en bien, ni en mal; ni como particular, ni como hombre público.

— Nada más cierto.

— Estos mismos hombres, despues de haber abandonado la profesion para que nacieron, y de haber condeñado la filosofía á la soledad y al desprecio, llevan una vida contraria á sus tendencias naturales y á la verdad; y al mismo tiempo la filosofía, abandonada de esta manera por sus propios hijos, ve que éstos son reemplazados por otros supuestos que la deshonoran y atraen sobre ella todos esos cargos de que hablabas; y de todos los que la cultivan, los unos no sirven para nada, y la mayor parte son unos miserables.

— Eso es ciertamente lo que se dice de contínuo.

— Y no sin fundamento. Hombres de poco valer, al ver el puesto desocupado y alucinados por los nombres distinguidos y títulos que lleva consigo, abandonan con gusto una profesion oscura, donde su escaso talento habria quizá brillado con algun resplandor, y se echan en brazos de la filosofía, á la manera de esos criminales fugados de las prisiones que van á refugiarse en los templos. Porque la filosofía, á pesar del estado de abandono á que se ve reducida, conserva aún sobre las demás artes un ascendiente y una superioridad, que hacen que la busquen esos

hombres que no nacieron para ella, esos viles artesanos que con un trabajo servil han desfigurado el cuerpo y al mismo tiempo degradado el alma. ¿Puede menos de suceder así?

—Nó.

—Al verlos, ¿no dirás que esto es lo mismo que cuando un esclavo calvo y de menguada estatura que acaba de verse libre de las cadenas y de los grillos, que ha reunido un poco de dinero, y que despues de limpiarse en el baño y de vestirse con un traje nuevo, va á casarse con la hija de su amo, reducida á esta cruel extremidad por la pobreza y abandono en que se halla?

—La comparacion es exacta.

—¿Qué hijos saldrán de semejante matrimonio? Indudablemente hijos contrahechos y degenerados.

—Así debe ser.

—En igual forma ¿qué producciones han de salir del comercio de estas almas bajas y sin cultura con la filosofía? Pensamientos frívolos, sofismas, opiniones desprovistas de verdad, de buen sentido y de solidez.

—Ninguna otra cosa.

—Queda, pues, mi querido Adimanto, reducido el número bien escaso de verdaderos filósofos á algun espíritu elevado, perfeccionado por la educacion, que retirado en la soledad debe su perseverancia en el estudio de la sabiduría al cuidado que ha tenido de alejarse de los corruptores; ó bien alguna alma grande, que nacida en un Estado pequeño, se consagre á la filosofía por el desprecio que con razon le inspiran los cargos públicos y cualquiera otra profesion. Otros, en fin, se ven contenidos por las mismas causas que retienen en el campo de la filosofía á nuestro amigo Teages. Todo cuanto puede alejar á un hombre de la filosofía parece haberse reunido contra él, pero sus enfermedades continuas le impiden mezclarse en los negocios y le obligan á filosofar. Con

respecto á mí no me conviene hablar de este demonio, que me acompaña y me aconseja sin cesar. Apenas se encontrará otro ejemplo en todo el pasado. Ahora bien, el que, entre este pequeño número de hombres, gusta y ha gustado la dulzura y la felicidad que se encuentran en la sabiduría, viendo la locura del resto de los hombres y el desórden introducido en los Estados por los que se mezclan en su gobierno; no percibiendo por otra parte en torno suyo nadie, que quiera secundarle en los esfuerzos que habia de hacer para sacar la justicia de la opresion, de suerte que no tuviese que temer nada por sí mismo; viéndose, como quien dice, en medio de una multitud de bestias feroces, de cuyas injusticias no quiere hacerse partícipe, y á cuya saña en vano intentaria oponerse, seguro de ser inútil á sí mismo y á los demás y de perecer ántes de haber podido hacer servicio alguno á la patria y á sus amigos; haciéndose todas estas reflexiones, se mantiene en reposo y entregado exclusivamente á sus propios negocios; y así como un viajero, asaltado por una violenta borrasca, se considera dichoso si encuentra un paredon que le sirva de abrigo contra el agua y los vientos, en la misma forma, viendo que la injusticia reina por todas partes impunemente, considera como el colmo de la felicidad el poder conservar en el retiro su corazon exento de iniquidad y de crímenes, pasar sus dias en la inocencia, y salir de esta vida con una conciencia tranquila y henchida de bellas esperanzas.

— No es poco el conseguir salir de este mundo despues de haber vivido de esa manera.

— Convengo en ello, pero no ha cumplido el fin más grande, que encerraba su destino, por no haber encontrado una forma de gobierno que le cuadrase. En un gobierno de tales condiciones, el filósofo se hubiera desenvuelto más y hubiera sido útil al Estado y á los particulares. Creo que hemos demostrado suficientemente la causa y la

injusticia de los cargos que se hacen á la filosofía. ¿Tienes aún alguna dificultad que oponer?

—Nada tengo que decir sobre esta materia. Pero dime: de todos los gobiernos actuales, ¿cuál es el que convendría á un filósofo?

—Ninguno; precisamente lo que yo lamento es que no encontramos ni una sola forma de gobierno, que convenga á un filósofo. Así es que le vemos alterarse y corromperse, y á la manera que un grano, sembrado en una tierra extraña, degenera y toma la calidad del suelo á donde ha sido trasportado, así el verdadero filósofo pierde la virtud que le es propia, y cambia de naturaleza. Si, por el contrario, se encuentra con un gobierno, cuya perfeccion corresponda á la suya, entónces se verá que encierra verdaderamente en sí algo divino, mientras todos los demás caracteres y todas las demás profesiones sólo participan de lo humano. Indudablemente me vas á preguntar que de qué forma de gobierno quiero hablar.

—Nada de eso. Pero lo que yo querria saber es, si el Estado, cuyo plan hemos trazado, es el mismo que el que tienes en tu mente, ó si es otro distinto.

—Es el mismo, salvo un punto que le falta aún. Hemos dicho, en verdad, que era preciso buscar el medio de conservar en nuestro Estado el mismo espíritu que le habia dirigido é ilustrado en la formacion de las leyes.

—Lo hemos dicho.

—Pero no hemos desenvuelto suficientemente este punto, porque hemos temido las objeciones mismas que habeis hecho, y cuya solucion es tan larga y dificil como vosotros habeis mostrado, sin contar con que lo que falta por decir no es en manera alguna fácil de explicar.

—¿Pues de qué se trata?

—De las medidas que es preciso tomar para conservar la filosofía en nuestro Estado; porque las empresas gran-

des son azarosas, y como suele decirse *las cosas bellas son difíciles*.

—No te desanimes; desenvuelve ese punto que falta para que tu sistema sea completo.

—Si no llego á hacer una demostracion clara, no será por falta de voluntad si no por no poder más. Te hago juez del empeño que pongo en complacerte. Mira por lo pronto con qué valor, ó más bien, con qué audacia sienta por principio, que es preciso para ello observar una conducta enteramente contraria á la que se sigue en nuestros dias respecto á la filosofía.

—¿Cómo?

—Se dedican demasiado pronto los jóvenes al estudio de la filosofía, repartiendo el tiempo entre ésta y el de la economía y del comercio. Los más hábiles renuncian á ella cuando están á punto de entrar en la parte más difícil, quiero decir, en la dialéctica. Despues creen hacer mucho con asistir á conversaciones filosóficas, cuando á ellas son invitados, y miran esto, más que como una ocupacion, como un pasatiempo. Cuando llegan á la vejez, salvas muy pocas excepciones, su ardor por esta ciencia se extingue más pronto que el sol de Heráclito (1), puesto que no vuelve á lucir más.

—¿Y cómo debe procederse?

—Haciendo todo lo contrario. Es preciso que los niños y los jóvenes se dediquen á los estudios propios de su edad (2), y que en este período de la vida, en que crece y se fortifica el cuerpo, se tenga un cuidado particular del mismo, á fin de que pueda en su dia auxiliar mejor al espíritu en sus trabajos filosóficos. Con el tiempo y á medida que el espíritu se forma y se madura, se reforzarán los

(1) Segun Heráclito el sol se apaga todas las tardes y se enciende de nuevo cada mañana.

(2) La música y la gimnasia.

ejercicios á que haya de sujetársele. Y cuando gastadas las fuerzas, no les sea posible ir á la guerra, ni ocuparse de los negocios del Estado, entónces se les permitirá consagrarse por entero á la filosofía sin hacer otra cosa, como no sea de paso, á fin de alcanzar así una vida dichosa en este mundo, y obtener, despues de la muerte, otra que corresponda á la felicidad de que se habrá gozado sobre la tierra.

— Sócrates, no es posible hablar de esta materia con más ardor. Creo, sin embargo, que la mayor parte de los que te escuchan, comenzando por Trasimaco, le mostrarán mayor aún en combatirte y en resistirse á aceptar tus razones.

— Te suplico que no trates de ponerme mal con Trasimaco; somos amigos de poco tiempo á esta parte, pero jamás hemos sido enemigos. Por lo demás, no hay esfuerzo que yo no desee hacer para convencer á él y á los demás; y cuando ménos lo que yo habré de decir les servirá para otra vida, cuando, comenzando una nueva carrera, se encuentren tomando parte en conversaciones semejantes.

— En buen hora. Corto es el plazo!

— Dí más bien que no es nada en comparacion con la duracion de los siglos. Sobre todo no es extraño que semejantes discursos no merezcan crédito á la mayor parte de los espíritus. No se ha visto aún puesto en planta lo que decimos. Léjos de ello, sobre estas materias no se oye ordinariamente más que discursos estudiados, donde sólo se atiende á que los miembros de cada frase se correspondan en una exacta proporcion, y no se oyen discursos sencillos y sin arte, como son los nuestros. Pero lo que sobre todo no se ha visto es un hombre formado segun el modelo de la virtud, con toda la exactitud que la debilidad humana consiente, y á la cabeza de un Estado asimismo perfecto. ¿Qué piensas de esto?

—Yo no lo creo.

—Tampoco habrá asistido nadie á conversaciones de hombres verdaderamente libres y virtuosos, en las que se busque la verdad con ardor por todas las vías posibles con el solo objeto de conocerla; en las que se rechacen los vanos adornos y la falsa sutileza, y no se hable ni por espíritu de disputa, ni por dar pruebas de elocuencia, como se hace en el foro y en las conversaciones particulares.

—Tambien eso es cierto.

—Todas estas razones son las que ántes me detenian y me impedian explicarme con libertad. Sin embargo, la verdad ha podido más y he dicho, que no era posible esperar ver sobre la tierra un Estado, un gobierno, y si se quiere, un hombre perfecto, á ménos que una dichosa necesidad obligase á este pequeño número de filósofos, acusados, no de perversos, sino de inútiles, á encargarse con voluntad ó sin ella del gobierno y al Estado á escucharles; ó al ménos que los dioses inspiren un amor sincero por la verdadera filosofia á los que gobiernan en nuestros dias las monarquías y los demás Estados ó á sus sucesores. Decir que una ú otra de estas dos cosas ó ambas son imposibles, es asentar un hecho extraño á la razon. En otro caso seriamos nosotros muy necios al entretenernos en formar aquí vanos deseos. ¿No es así?

—Sí.

—Luego si en los siglos pasados se ha visto un verdadero filósofo en la necesidad de regir el timon del Estado, ó si esto mismo se verifica ahora en algun país bárbaro tan distante que se oculte á nuestras miradas, ó si llega á verificarse algun dia, estamos prontos á sostener que ha habido, que hay, ó que habrá un Estado tal como el nuestro, cuando esta musa (1) ejerza en él la suprema

(1) Es decir, la filosofia.

autoridad. Nada de imposible ni de quimérico hay en nuestro proyecto; aunque somos los primeros á confesar que la ejecucion es difícil.

—Soy de tu dictámen.

—Pero la generalidad de los hombres no piensa lo mismo, me dirás.

—¿No tendré razon para decirlo?

—¡Oh, mi querido Adimanto! No tengas formada tan mala opinion de la multitud. Cualquiera que sea su manera de pensar, en lugar de disputar con ella, trata de reconciliarla con la filosofía, destruyendo las malas impresiones que le han inspirado. Muéstrale los filósofos de que quieres hablar; define, como acabamos de hacer su carácter y el de su profesion, no sea que se imagine que hablas de los filósofos que son como ella piensa. ¿Dirás que áun cuando vean en claro lo que son los verdaderos filósofos, siempre formarán de ellos una idea diferente de la vuestra y conforme con la que tenían? ¿Crees que corazones, que no conocen la hiel ni la envidia, se irritarán contra el que no se irrita, y que querrán hacer mal á quien no lo quiere para nadie? Preveo tu objecion y te declaro que un carácter tan intratable no es el de la multitud, y sí el de muy pocos.

—Convengo en ello.

—Pues bien; vive tambien persuadido de que los que indisponen á tantos con la filosofía son esos falsos sabios desencadenados siempre contra las gentes, que llenan de injurias á todo el mundo, y cuyos discursos son una sátira perpétua del género humano. Semejante conducta es bien poco conveniente para la filosofía.

—Es cierto.

—Porque, mi querido Adimanto, el que mira como su único estudio la contemplacion de la verdad, no tiene tiempo para hacer descender sus miradas sobre la conducta de los hombres para censurarla, ni para dejarse

llenar de odio y acritud contra ellos, sino que teniendo sin cesar fijo el espíritu sobre los objetos que guardan entre sí un orden constante é inmutable, los cuales, sin perjudicarse los unos á los otros, conservan siempre los mismos puestos y las mismas relaciones, consagra toda su atención á imitar y á expresar en sí este orden invariable. ¿Es posible, en efecto, que se admire la belleza de un objeto y que se tenga gusto en aproximarse continuamente á ella, sin hacer esfuerzos por imitarla?

—Eso no puede ser.

—Por lo tanto, el filósofo, gracias á la estrecha relacion en que vive con los objetos divinos entre los que reina un orden inmutable, se hace un hombre divino y ajustado en todas sus acciones, en cuanto lo consiente la delibidad humana, porque en este mundo no hay nada que no tenga algo que reprender.

—Tienes razon.

—Si algun motivo poderoso le obligase á no limitar sus cuidados á su propia perfeccion, y si á hacerlos extensivos al gobierno y á las costumbres de sus semejantes, introduciendo el orden que ha admirado en la esencia de las cosas ¿crees tú, que seria un mal maestro en todo lo relativo á templanza, justicia y demás virtudes civiles?

—No, ciertamente.

—Pero si el pueblo llega á penetrarse una vez de la verdad de lo que decimos de los filósofos, ¿se irritará contra ellos, y rehusará creer con nosotros que un Estado no puede ser dichoso, á ménos que el plan del mismo sea trazado por estos artistas segun el modelo divino, que constantemente tienen á la vista?

—Cesará sin duda de quererlos mal tan pronto como conozca la verdad. Pero ¿de qué manera trazarán los filósofos ese plan de que hablas?

—Mirarán el Estado y el alma de cada ciudadano, como un lienzo que es preciso ante todo limpiar, lo cual

no es fácil; porque los filósofos, á diferencia de los legisladores ordinarios, no querrán ocuparse de dictar leyes á un Estado ó á un individuo si no los han recibido puros y limpios, ó si los mismos filósofos no los han hecho tales.

—En eso tienen razon.

—Trabajarán en seguida sobre este lienzo, dirigiendo sus miradas repetidamente ya sobre la esencia de la justicia, de la belleza, de la templanza y de todas las demás virtudes, ya sobre el punto á que el hombre puede arribar en la realizacion de este ideal; y mediante la mezcla y combinacion de estos dos elementos, formarán el hombre verdadero conforme á aquel modelo, que Homero llama divino y semejante á los dioses cuando lo encuentra en un hombre.

—Muy bien.

—Comprendes bien que será preciso borrar muchas veces y otras añadir nuevos rasgos, hasta que el alma del hombre se aproxime lo más posible á este estado de perfeccion, que la hace agradable á los dioses.

—Despues de un trabajo tan esmerado, no puede salir de sus manos sino una pintura perfecta.

—¿Qué te parece? ¿Hemos probado suficientemente á los que tú me presentabas ántes (1) marchando en orden de batalla para atacarnos, que el único que puede trazar el plan de una república es ese mismo filósofo á quien sentían ellos que nosotros entregásemos el gobierno de los Estados? Lo que acaban de oír, ¿no contribuirá á apaciguarlos?

—Mucho, si dan oídos á la razon.

—¿Qué podrán ya objetarnos? ¿Que los filósofos no son amantes del ser y de la verdad?

—Eso seria un absurdo.

(1) No es Adimanto á quien se dirige Sócrates en este pasaje sino á Glaucon, que dijo esto en el quinto libro. Platon no tuvo presente esto.

—¿Que su índole natural, tal como la hemos pintado, no se aproxima á lo más perfecto?

—No.

—¿Ó que un natural semejante, favorecido por una educación conveniente, no es más propio que cualquiera otro para adquirir la virtud y la sabiduría? ¿Concederán más bien esta ventaja á los que nosotros hemos excluido del número de los filósofos?

—No harán nada de eso.

—¿Se asombrarán cuando nos oigan decir, que no hay remedio para los males públicos y particulares, y que el proyecto de un Estado, tal como nosotros hemos imaginado, no se realizará jamás ínterin los filósofos no ejerzan toda la autoridad?

—Quizá se aplacarán.

—¿Quieres que dejemos á un lado ese *quixó*, y digamos que los hemos aplacado y persuadido enteramente, áun cuando la vergüenza sola habria sido bastante para obligarles á confesarlo?

—Convengo en ello.

—Démoslos, pues, por convencidos en este punto. Y ahora ¿quién puede dudar, que los hijos de los reyes y de los jefes de los Estados pueden nacer con disposiciones naturales para la filosofía?

—Nadie.

—Y podria decirse que, áun cuando nazcan con semejantes disposiciones, es una necesidad inevitable el que se perviertan. Convenimos en que es difícil que se salven de la corrupcion general; pero que en todo el curso de los tiempos no se salve ni uno sólo, no hay nadie que se atreva á decirlo.

—Es cierto.

—Por lo tanto, basta que se salve uno, y que encuentre sus súbditos dispuestos á obedecerle, para ejecutar lo que se tiene hoy por imposible.

—Basta uno solo.

—Si llega el caso de que el jefe de un Estado haga las leyes y los reglamentos de que hemos hablado, no es imposible que sus súbditos consientan en someterse á ellos.

—No, sin duda.

—¿Y es una cosa extraña y chocante que el proyecto que hemos concebido nosotros, lo conciba un dia el pensamiento de otro?

—No lo creo.

—¿No hemos demostrado, á mi juicio suficientemente, que una vez que se tenga por posible nuestro sistema, es muy ventajoso?

—Sí.

—Concluyamos, por lo tanto, que si nuestro plan de legislacion puede tener lugar, es excelente; y que si la ejecucion es difícil, por lo ménos no es imposible.

—Conclusion exacta.

—Puesto que despues de muchos esfuerzos hemos llegado ya al término que apeteciamos, veamos lo que sigue; es decir, con el auxilio de qué ciencias y con qué clase de ejercicios formaremos hombres capaces de mantener la constitucion política en su integridad, y á qué edad deberán consagrarse á este servicio.

—Veámoslo.

—De nada me ha servido hasta ahora mi maña, para dejar de hablar del matrimonio, de la procreacion de los hijos y de la eleccion de los magistrados, sabiendo cuán delicada era esta materia y cuál seria la dificultad en la ejecucion, puesto que me veo ahora precisado á tocar estos puntos. Es cierto, que he hablado de lo relativo á las mujeres y á los hijos; pero con relacion á los magistrados tengo que volverlo á tratar de lleno. Dijimos, si te acuerdas, que debian mostrar un gran celo por el bien público, y que este celo debia probarse en medio del placer ó del dolor, de tal manera que ni los trabajos, ni el

temor, ni ninguna otra situacion crítica les hiciese perder de vista esta máxima: que era preciso desechar aquel que hubiera sucumbido en estas pruebas, y escoger por magistrado al que saliera tan puro como el oro pasado por el fuego, colmándole de honores y de distinciones durante su vida y despues de su muerte (1). Entónces no dije más y disfrasé mi pensamiento y me valí de rodeos por temor de comprometerme en la discusion en que ahora nos encontramos.

—Dices verdad; me acuerdo de ello.

—Temia entónces, mi querido amigo, decir lo que al fin he decidido declarar; y ahora, ya que el paso está franco, digamos que los mejores guardadores del Estado deben ser otros tantos filósofos.

—Sostengámoslo con resolucion.

—Te suplico que observes cuán corto será su número, porque raras veces sucede, que las cualidades que en nuestra opinion deben entrar en el carácter del filósofo, se encuentren reunidas en un solo hombre, porque por lo ordinario se reparten entre muchos.

—¿Qué quieres decir?

—No ignoras que los que tienen facilidad de aprender y retener y que están dotados de un espíritu vivo y fogoso, no unen comunmente al calor de los sentimientos y á la elevacion de las ideas, el órden, la calma y la constancia; sino que dejándose llevar á donde les arrastra su vivacidad, no tienen en sí mismos nada estable, seguro y fijo.

—Tienes razon.

—Por el contrario, los hombres de un carácter consistente, que no muda, con el que puede contarse siempre, y que en la guerra se manifiestan impasibles en medio de los mayores peligros, son por esto mismo poco á propósito

(1) Libro tercero.

para las ciencias. De espíritu tardo, poco sensible y embotado, por decirlo así, bostezan y se duermen tan pronto como intentan dedicarse á algun estudio serio.

— Es cierto.

— Sin embargo, hemos dicho, que nuestros magistrados debian tener el espíritu vivo y el carácter firme, y que sin esto no habia para qué cuidarse de su educacion, ni elevarlos á los honores y á las primeras dignidades.

— Razon tuvimos para decirlo.

— ¿Y no crees que hay pocas naturalezas de esta condicion?

— Sin duda.

— Ahora diremos lo que ántes omitimos, y es, que además de la prueba á que se los ha de someter en medio de los trabajos, de los peligros y de los placeres, habrán de ejercitarse en un gran número de ciencias, para ver si su espíritu es capaz de sostener los estudios más profundos, ó si se acobarda como sucede á las almas débiles en otros ejercicios.

— Es justo someterlos á esa prueba; pero ¿cuáles son esos estudios profundos de que hablas?

— Recordarás sin duda, que despues de haber distinguido tres partes en el alma, nos servimos de esta distincion para explicar la naturaleza de la justicia, de la templanza, de la fortaleza y de la prudencia.

— Si no la recordara, no era merecedor de oir lo que te falta por exponer.

— ¿Recordarás tambien lo que dijimos ántes?

— ¿Qué (1)?

— Que se podia tener de estas virtudes un conocimiento más exacto, pero que para llegar á conseguirlo, era indispensable hacer un largo rodeo, y que podiamos conocerlas tambien por una vía que nos separase ménos del

(1) Libro cuarto.

camino que habíamos emprendido. Al parecer os dísteis por contentos, y en su consecuencia traté este punto, á mi entender, muy imperfectamente, y ahora os toca á vosotros decir si quedasteis satisfechos.

—Con respecto á mí, lo quedé; y me pareció que los otros lo quedaron igualmente.

—En materias de esta importancia, mi querido amigo, toda demostracion, á la que falta algo, ya no es suficiente: porque de ninguna cosa puede ser justa medida lo imperfecto. Sin embargo, es achaque ordinario en muchos el darse desde luego por satisfechos, y creer que no hay necesidad de llevar más adelante las indagaciones.

—Ese es un defecto comun á muchos, que tiene por origen la pereza del espíritu.

—Pero tambien, si hay alguno que deba estar libre de este defecto, es el guardador del Estado y de las leyes.

—Sin duda.

—Es preciso por lo mismo, que dé este gran rodeo de que acabamos de hablar, y que ejercite lo mismo el espíritu que el cuerpo, ó jamás llegará al más alto grado de esta ciencia sublime, que conviene á él más que á ningun otro.

—Pero ¿hay conocimiento más sublime que el de la justicia y el de las demás virtudes de que hemos hablado?

—Sin duda; y añado que respecto á estas virtudes el bosquejo que hemos trazado no le basta y que debe desear un cuadro más acabado. ¿No seria ridículo, que se esforzara por tener conocimiento de cosas poco importantes, y que no pusiera un especial cuidado en conocer las cosas más elevadas?

—Esa reflexion es muy sensata, ¿pero crees, que vamos á dejar que pases adelante sin preguntarte cuál es esa ciencia superior á todas las demás y cuál es su objeto?

— No lo creo, y puedes preguntarlo; despues de todo, me lo has oido hasta la saciedad, y ahora ó no tienes memoria ó, lo que me parece más probable, sólo intentas entorpecerme con muchas objeciones. Me has oido decir muchas veces, que la idea del bien es el objeto del más sublime conocimiento, y que la justicia y las demás virtudes deben á esta idea su utilidad y todas sus ventajas. Sabes muy bien que esto mismo, poco más ó ménos, es lo que tengo que decirte ahora, añadiendo que no conocemos esta idea sino imperfectamente, y que si no llegáramos á conocerla, de nada nos servirá todo lo demás; así como la posesion de cualquiera cosa es inútil para nosotros sin la posesion del bien. ¿Crees, en efecto, que sea ventajoso poseer algo, sea lo que sea, si no es bueno, ó conocer todas las cosas á excepcion de lo bello y de lo bueno?

— No, ciertamente; no lo creo.

— Tampoco ignoras, que los más hacen consistir el bien en el placer, y otros, ménos groseros, en el conocimiento.

— Lo sé.

— Tambien sabes, mi querido amigo, que los que son de esta última opinion se ven embarazados para explicar lo que es el conocimiento, y al fin se ven reducidos á decir que es el conocimiento del bien.

— Sí, y eso es muy chistoso.

— Sin duda es una cosa muy graciosa de su parte echarnos en cara nuestra ignorancia respecto al bien, y hablarnos en seguida de él como si lo conociéramos. Dicen que es el conocimiento del bien, como si nosotros debiésemos entenderles desde el momento en que pronuncian la palabra *bien*.

— Es muy cierto.

— Pero los que definen la idea de bien por la de placer, ¿incurren en un error menor que el de los otros? ¿No están precisados á confesar que hay placeres malos?

—Sí.

—¿Y por consiguiente, que las mismas cosas son buenas y malas?

—Sí.

—Es evidente, que esta materia está llena de numerosas dificultades.

—Convengo en ello.

—¿Es ménos evidente que respecto á lo bello y á lo honesto muchos se atenderán á las simples apariencias en sus palabras y en sus acciones; pero que cuando se trate del bien, aquellas no satisfarán á nadie, y se buscará algo real sin dejarse llevar de tales apariencias?

—Es cierto.

—Y este bien, á cuyo goce aspira toda alma, en vista del cual lo hace todo, cuya existencia sospecha, pero en medio de la incertidumbre y sin poder definirlo con exactitud, ni con esa fe inquebrantable que tiene en las demás cosas, lo cual le priva de las ventajas que podría sacar de ellas; este bien, tan grande y tan precioso, ¿será conveniente que la parte escogida del Estado, á la que deberemos confiar todo, lo desconozca como la generalidad de los hombres?

—De ninguna manera.

—Pienso efectivamente que no será un seguro guardador de lo justo y de lo honesto el que no conozca las relaciones que mantienen con el bien; esto en el supuesto que pueda conocerse lo bello y lo justo sin conocer previamente el bien, lo cual me atrevo á negar.

—Tienes razon.

—Nuestro Estado estará por tanto bien gobernado, si tiene por jefe un hombre que una el conocimiento del bien al de lo bello y de lo justo.

—Así debe de ser. Pero, Sócrates, ¿en qué haces consistir tú el bien, en la ciencia, en el placer, ó en qué otra cosa?

—Travieso eres; y hace rato que conocia que no querias atenerte á lo que han dicho aquellos de cuyas opiniones nos hemos ocupado.

—Lo que no me parece razonable, mi querido Sócrates, es que un hombre, que ha reflexionado durante toda su vida sobre esta materia, diga cuál es la opinion de los demás, y no diga la suya.

—Muy bien; pero ¿te parece más razonable que un hombre hable de lo que no sabe, como si lo supiese?

—No; pero puede presentar como una conjetura lo que cree probable.

—¡Cómo! ¿no te haces cargo de lo ridículos que son todos estos sistemas que no están fundados en ningun principio cierto? Los mejores de ellos ¿no son completamente oscuros? Y los hombres que por casualidad encuentran la verdad, pero sin poder dar razon de ella, ¿no se parecen á los ciegos que siguen el camino recto?

—Sí.

—¿Quieres oir la exposicion de un sistema informe, oscuro y mal fundado, cuando puedes oir la de otro claro y magnífico?

—En nombre de los dioses, Sócrates, me dijo entónces Glaucon, no te pares aquí, como si hubieras llegado al término. Nosotros nos daremos por satisfechos, si nos explicas la naturaleza del bien en la forma que has explicado la de la justicia, la de la templanza y la de las demás virtudes.

—Tambien yo me daré por contento, pero temo que semejante cuestion sea superior á mis fuerzas, y que por el empeño de querer daros gusto, vaya á exponerme á vuestras burlas. Creedme, mis queridos amigos; dejemos por esta vez la indagacion del bien, tal como es en sí mismo, porque nos llevaria muy léjos y seria muy penoso para mí explicaros su naturaleza tal como yo la concibo, siguiendo el camino que hemos traído. Y en su lugar,

si os parece, conversaremos sobre la produccion del bien, que es la representacion exacta del bien mismo; y si no os agrada, pasaremos á otro asunto.

—No. Háblanos del hijo, y en otra ocasion nos hablarás del padre. Esta deuda la reclamaremos á su tiempo.

—Bien quisiera pagaros principal y réditos en lugar de ofreceros sólo el simple fruto (1) de la deuda que hoy os ofrezco. Sin embargo, aceptad este fruto, esta produccion del bien, y cuidad de que no os engañe, sin quererlo, pagándoos en moneda falsa.

—Procuraremos poner todo el cuidado que nos sea posible; y así explicáte con confianza.

—No lo haré, sino despues de haberos recordado lo que hemos dicho precedentemente en muchos pasajes, y de haceros convenir en ello.

—¿De qué se trata?

—Hay muchas cosas que llamamos bellas y otras que llamamos buenas, y así las designamos.

—Es cierto.

—Además hay lo bello en sí, lo bueno en sí, á los que referimos todas estas bellezas y todas estas bondades particulares como á una idea simple y una.

—Así es.

—De las cosas bellas ó buenas decimos, que son objeto de los sentidos y no del espíritu; y de las ideas de lo bello y de lo bueno en sí decimos, que son objeto del espíritu y no de los sentidos.

—Estoy conforme.

—¿Por qué sentido percibimos los objetos visibles?

—Por la vista.

—Y percibimos los sonidos por el oido, y todas las demás cosas sensibles por los otros sentidos; ¿no es así?

(1) Equívoco, que no se puede traducir; τόκος significa á la par un hijo, una produccion y el interés ó producto de una deuda.

—Sin duda.

—¿Has observado, que el autor de nuestros sentidos ha hecho un gasto mayor para el órgano de la vista que para los demás sentidos?

—No.

—Pues bien, nóvalo. ¿Tienen el oído y la voz necesidad de una tercera cosa, el uno para oír, y la otra para ser oída, de suerte que, si esta tercera cosa llega á faltar, el oído no oirá ni tampoco la voz será oída?

—De ninguna manera.

—Creo, que la mayor parte de los demás sentidos, por no decir todos, no tienen necesidad de un medio semejante. ¿Hay alguna excepcion?

—No.

—Pero respecto de la vista, ¿no concibes que no puede percibir el objeto visible sin el auxilio de una tercera cosa?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que áun cuando los ojos estén bien dispuestos y se los aplique á su uso, y el objeto tenga color, sin embargo, si no interviene una tercera cosa destinada á concurrir á la vision, los ojos no verán nada y los colores serán invisibles.

—¿Cuál es esa cosa?

—Lo que llamas luz.

—Tienes razon.

—El sentido de la vista tiene, por lo tanto, una gran ventaja sobre los demás, que es la de estar unido á su objeto por un lazo de muchísimo valor, á no ser que se diga que la luz es una cosa despreciable.

—Está muy distante de serlo.

—De todos los dioses, que están en el cielo, ¿cuál es aquel cuya luz hace que nuestros ojos vean mejor y que los objetos sean vistos?

—En mi opinion, como en la tuya y en la de todo el mundo, es el sol.

—Mira si la relacion que une á la vista con este dios es tal como voy á decir.

—¿Cómo?

—La vista, lo mismo que la parte en que se forma y que se llama ojo, no es el sol.

—No.

—Pero de todos los órganos de nuestros sentidos, el ojo es, á mi parecer, el que más relacion tiene con el sol.

—Sin duda.

—La facultad que tiene de ver ¿no la posee como una emanacion, cuya fuente es el sol?

—Sí.

—Y el sol, que no es la vista, pero que es el principio de ella, es percibido por la misma.

—Es cierto.

—Pues ten en cuenta, que cuando hablo de la produccion del bien, es el sol del que quiero hablar. El hijo tiene una perfecta analogía con su padre. El uno es en la esfera visible con relacion á la vista y á sus objetos, lo que el otro es en la esfera ideal con relacion á la inteligencia y á los séres inteligibles.

—¿Cómo? te suplico que me expliques tu pensamiento.

—Sabes que cuando se dirige la vista á objetos, que no están iluminados por el sol y sí sólo por los astros de la noche, apenas se los puede distinguir; parece uno casi ciego, y la vista no está clara.

—Así sucede.

—Pero cuando se miran los objetos iluminados por el sol, se los ve distintamente y la vista es muy clara.

—Sin duda.

—Lo mismo sucede respecto al alma. Cuando fija sus miradas en objetos iluminados por la verdad y por el sér, los ve claramente, los conoce y muestra que está dotada de inteligencia; pero cuando vuelve sus miradas sobre lo que está envuelto en tinieblas, sobre lo que nace y perece,

su vista se turba, se oscurece, y ya no tiene más que opiniones, que mudan á cada momento; en una palabra, parece completamente privada de inteligencia.

—Así es.

—Ten por cierto, que lo que derrama sobre los objetos de las ciencias la luz de la verdad, lo que da al alma la facultad de conocer, es la idea del bien, que es el principio de la ciencia y de la verdad, en cuanto caen bajo el dominio del conocimiento. Por bellas que sean la ciencia y la verdad, puedes asegurar, sin temor de engañarte, que la idea del bien es distinta de ellas, y las supera en belleza. Y así como en el mundo visible hay razon para creer que la luz y la vista tienen analogía con el sol, pero seria falso decir que son ellas el sol; en la misma forma en el mundo inteligible pueden considerarse la ciencia y la verdad como imágenes del bien, pero no habria razon para tomar la una ó la otra por el bien mismo, cuya naturaleza es de un valor infinitamente más elevado.

—Su belleza debe estar por encima de toda expresion, puesto que es el origen de la ciencia y de la verdad, y es aún más bello que ellas. Por consiguiente, no quieres decir que el bien sea el placer.

—¡No lo permita Dios! Pero considera su imagen con más atencion y de esta manera.

—¿Cómo?

—Indudablemente tú crees como yo, que el sol no sólo hace visibles las cosas que lo son, sino que las da tambien la vida, el crecimiento y el alimento, sin ser él mismo nada de todo esto.

—Sin duda.

—Lo mismo puedes decir, que los seres inteligentes no sólo reciben del bien su inteligibilidad, sino tambien su sér y su esencia, aunque el bien mismo no sea esencia; sino una cosa muy por encima de la esencia en razon de dignidad y de poder.

— ¡Gran Apolo! exclamó Glaucon riéndose, vaya una cosa maravillosa.

— Tú tienes la culpa, repliqué yo. ¿Por qué se me ha obligado á decir lo que pienso sobre esta materia?

— No te detengas, te lo suplico, y acaba la comparación del bien con el sol, si aún falta algo.

— Verdaderamente sí, y aún falta mucho.

— Un esfuerzo más, y te ruego que no omitas nada.

— Haré cuantos esfuerzos me sean posibles, pero no por eso dejarán de escapárseme muchos rasgos de semejanza, muy á pesar mio.

— Haz lo que dices.

— Imagínate que el bien y el sol son dos reyes, el uno del mundo inteligible y el otro del mundo visible; no digo del cielo por temor de que creas que, con ocasion de esta palabra, quiero dar lugar á un equívoco (1). Hé aquí, por consiguiente, dos especies de séres, unos visibles y otros inteligibles.

— Muy bien.

— Figurémonos, por ejemplo, una línea cortada en dos partes desiguales, y cada una de estas, que representan el mundo visible y el mundo inteligible, cortada á su vez en otras dos, y tendrás de un lado la parte clara y del otro la parte oscura de cada uno de ellos. Una de las secciones de la especie visible te dará las imágenes; entiendo por imágenes, en primer lugar, las sombras, y despues los fantasmas representados en las aguas y sobre la superficie de los cuerpos opacos, tersos y brillantes. ¿Comprendes mi pensamiento?

— Sí.

— La otra seccion te dará los objetos que estas imáge-

(1) Cielo en griego es οὐρανός y visible ὄρατόν; y de aquí la precaucion de Platon.

nes representan, quiero decir, los animales, las plantas y todas las obras de la naturaleza y del arte.

—Lo concibo.

—¿Opinas que aplicando esta division á lo verdadero y á lo falso, resulta la proporcion siguiente: lo que las apariencias son á las cosas que ellas representan, es la opinion al conocimiento?

—Convengo en ello.

—Veamos ahora cómo debe dividirse el mundo inteligible.

—¿Cómo?

—En dos partes: la primera de las que no puede alcanzar el alma sino sirviéndose de los datos del mundo visible, que acabamos de dividir, como de otras tantas imágenes, partiendo de ciertas hipótesis, no para remontarse al principio, sino para descender á las conclusiones más remotas; mientras que para obtener la segunda, va de la hipótesis hasta el principio independiente de toda hipótesis sin hacer ningun uso de las imágenes como en el primer caso y procediendo únicamente mediante las ideas consideradas en sí mismas.

—No comprendo bien lo que acabas de decir.

—Tú lo comprenderás luego, porque todo esto va á parecer ahora más claro. No ignoras, creo yo, que los géometras y los aritméticos suponen dos clases de números, el uno par, el otro impar, figuras, tres especies de ángulos, y así de lo demás, segun la demostracion que intentan hacer; que miran en seguida estas suposiciones como otros tantos principios ciertos y evidentes, de los que no se dan razon á sí mismos ni la dan á los demás; y en fin, que partiendo de estas hipótesis, descenden por una cadena no interrumpida de proposicion en proposicion hasta llegar á la que intentaban demostrar.

—Eso ya lo sé.

—Sabes tambien que se valen para esto de figuras vi-

sibles, á las que refieren sus razonamientos, aunque no piensen en ellas, sino en otras figuras representadas por aquellas. Por ejemplo, no recaen sus razonamientos ni sobre el cuadrado ni sobre la diagonal que ellos trazan, sino sobre el cuadrado tal cual es en sí mismo con su diagonal. Lo mismo digo de las demás figuras, que representan, sea en relieve, sea por el dibujo, y que se reproducen tambien ya en su sombra ya en las aguas. Los geómetras las emplean como otras tantas imágenes, que les sirven para conocer las verdaderas figuras, que sólo pueden conocer por el pensamiento.

—Dices verdad.

—Esta es la primera clase de las cosas inteligibles. El alma, para llegar á conocerlas, se ve precisada á valerse de suposiciones, no para remontarse á un primer principio, porque no puede ir más allá de las hipótesis que ha hecho, sino que empleando las imágenes terrestres y sensibles que no conoce sino por la opinion, y suponiendo que son claras y evidentes, se auxilia de ellas para el conocimiento de las verdaderas figuras.

—Veo que el método de que hablas es el de la geometría y demás ciencias de esta clase.

—Hazte cargo ahora de lo que yo llamo segunda clase de cosas inteligibles. Son las que el alma comprende inmediatamente por medio del razonamiento, haciendo algunas hipótesis que no considera como principios, sino como simples suposiciones, y que le sirven de grados y de puntos de apoyo, para elevarse hasta un primer principio independiente de toda hipótesis. Se apodera de este principio, y adhiriéndose á todas las conclusiones que de él dependen, descende desde allí hasta la última conclusion; pero sin apoyarse en nada sensible, sino sólo en ideas puras, por las que su demostracion comienza, procede y termina.

—Comprendo algo, pero no lo bastante; me parece

esta materia muy oscura. Sin embargo, figúraseme que lo que te propones es probar que el conocimiento que, de los séres puramente inteligibles, se adquiere por la dialéctica, es más claro que el que se adquiere por medio de las artes, que se sirven de ciertas hipótesis como principios. Es cierto, que estas artes están obligadas á valerse del razonamiento y no de los sentidos; pero como están fundadas en suposiciones y no se elevan hasta un principio, crees que no tienen ese claro convencimiento que tendrían si se remontaran á un principio; y llamas conocimiento *razonado*, á mi parecer, el que se adquiere por medio de la geometría y demás artes semejantes, y le colocas entre la opinion y el puro conocimiento.

—Has comprendido perfectamente mi pensamiento. Aplica ahora á estas cuatro clases de objetos sensibles é inteligibles cuatro diferentes operaciones del alma, á saber: á la primera clase, la pura inteligencia; á la segunda, el conocimiento *razonado*; á la tercera, la fe; y á la cuarta, la *conjetura*; y concede á cada una de estas maneras de conocer más ó ménos evidencia, segun que sus objetos participan más ó ménos de la verdad.

—Entiendo; estoy de acuerdo contigo, y adopto el orden que me propones.